

remos a la religión. Las primeras pinturas y tallados hechos por hombres blancos en Canadá fueron realizados por artistas importados en la Nueva Francia. Este arte tenía también como propósito conformar las mentes de los hombres. El lenguaje de la Misa Latina, el olor del incienso y el gran misterio del pan y el vino convertidos en cuerpo y sangre del sacrificio, eran (y siguen siendo) medios sacerdotales con el mismo fin: primero infundir el temor y luego hacer surgir el milagro.

Pero los artistas importados por los sacerdotes franceses católicos no eran primitivos. Las sobrias líneas del sagrario de plata hecho para los sacerdotes de Oka, por Francis y Jacob Guillaume en 1699; el trazo delicado y sencillo de una bandeja de plata para recipientes sagrados hecha para el Hotel Dieu de Quebec, en la Ciudad de Quebec en 1642; otro crucifijo muy adornado, pero con firmeza y templanza, hecho por Jean-Baptiste Louis en 1706 para los padres redencionistas en Sainte-Anne-de-Beaupré, son todos un mundo aparte y totalmente distinto de lo más delicado de los talladores de arcillita al otro lado del continente.



Bosque de Columbia Británica, de Lucius Richard O'Brien

El arte primitivo de entonces era aún primitivo entre los indios. Para los "canadiens", la artesanía ya se había convertido en parte de las bellas artes. Sin embargo, los practicantes de éstas eran visitantes entrenados en otro país. Después de dejar su marca entre los monasterios y los templos de la Nueva Francia, regresaron a lo que aún seguían considerando su hogar.

Pero en la historia de la imaginación humana y en la evolución gradual de la experiencia artística nada se ha perdido. La civilización se construye lentamente a sí misma, ladrillo tras ladrillo, cada vez más refinado. Las líneas firmes y limpias de los grandes orfebres del Canadá francés están siendo ahora asimiladas con ímpetu y re trabajadas con amor por muchos artistas contemporáneos, laborando en más objetos seculares (aunque para un mundo no menos confuso que el de los primeros padres). La línea del desarrollo artístico en plata y otros metales permanece firme ya por más de tres siglos.

Lo mismo resulta cierto en la tradición del arte folklórico. Comenzando con los aficionados *ex votos* de la Nueva Francia, quienes pintaron crudas narrativas de escape del fuego, el naufragio o la plaga; la visión primitiva y hoy ilusoria de William Kurelek; las alegorías y agonías de la vida diaria se registraron crudamente pero con energía, a menudo bajo la mirada de la eternidad, describiendo el mundo próximo (u otros mundos) tanto como a éste.

Así que, antes de llegar a los artistas profesionales de la paleta y el caballete, hemos visto una multitud resplandeciente de trabajos, que en su continuidad, su fuerza y su moderna resurrección, casi no tienen paralelo en otro país. Trabajos que, tanto en galerías como en salas de subasta, rigen los precios

que reflejan no precisamente la aceptación, sino la franca competencia por su posesión. Uno de los grabados del *Buho Encantado* de Kenojuak fue vendido en Waddington de Toronto por 15 500 dólares en abril de 1980, más de 200 veces su precio original hace quince años. Un vestido tradicional de ceremonia Micmac del siglo XIX, fue "repatriado" recientemente de una tienda de Londres, a un costo de 59 500 dólares. Y un Norval Morrisseau aún húmedo y en el caballete, puede no costarle un centavo menos que 10 000 dólares.

Sin embargo, el hombre que aún piensa que el arte canadiense comienza con Krieghoff, tiene algo de verdad en su punto de vista. Hacia los comienzos del siglo XIX la iglesia no era ya la única patrocinadora de las artes. La estrecha oligarquía entre la iglesia y el estado dio principio a una difusa autocracia de la riqueza. Era cuando las familias canadienses opulentas deseaban sus propias imágenes capturadas para la posteridad y las familias británicas adineradas querían recuerdos del país de ultramar donde sus hijos servían como oficiales de las fuerzas imperiales, o bien viajaban en plan de educación o comercio.

El primero y más popular de los artistas que surtió este exótico comercio de "souvenirs" fue George Heriot. A partir de 1800 fue director general de correos para la América Británica del Norte. Su trabajo consistía en visitar todas las oficinas postales, desde Halifax hasta la entonces moderna Detroit, y durante su servicio realizó cientos de apuntes a pluma, como lo había aprendido a hacer en la Real Academia Militar de Woolwich, donde todos los oficiales de artillería tenían que aprender a hacer apuntes; panoramas hechos desde algún sitio, siendo más útiles para propósitos militares que la mayoría de los mapas de aquel entonces. Más de 600 de estos apuntes están ahora en el Museo McCord de Montreal, pero muchos más fueron a dar a Inglaterra a mediados del siglo XIX con los oficiales que regresaban a su hogar. Otros trabajos tan antiguos como ilustrativos son los de James Cockburn, y por supuesto de Krieghoff, que siguieron el mismo camino.

A través del siglo XIX siguieron concentrándose los pintores inmigrantes, ya fuesen oficiales de la armada, mujeres parcialmente entrenadas o artistas profesionales con una formación completa. Esto sucedió en parte debido a su propio asombro ante tales visiones de las Cataratas del Niágara o las Montañas Rocallosas, en parte gracias a la sublimización de la naturaleza, que era lo que se vendía entonces, cuando la civilización europea se acercaba al cuello de botella cultural con los trabajos románticos de Musset, de Vigny y Lamartine en Francia; con Wordsworth, Byron y Coleridge en Inglaterra; con Werther y Goethe en Alemania.

Así se pintó lo sublime del Canadá, su grandeza natural realzada por nubes atmosféricas, árboles estilizados, vivos atardeceres y amaneceres en la bruma. Desde las Cataratas Montmorency en Quebec, y a través de las Cataratas del Niágara hasta las Kakabeka cerca de Thunder Bay, artistas tales como Lucius O'Brien, John Fraser, Paul Kane y Cornelius Krieghoff buscaron el milagro místico de la naturaleza en una tierra nueva e inhabitada, con la imaginación llena, como dijo Joseph Addison, "de los prospectos de un país de campiñas abiertas, de un desierto vasto e incultivado, de inmensas acumulaciones montañosas, altos peñascos y precipicios o una amplia extensión de aguas"

Todos estuvieron pesentes en Canadá, más los "nobles salvajes" de los cuales Rousseau hubiese escrito tan sentimentalmente. Estos hijos de la naturaleza se convierten en los "habitantes" iguales y sentimentalizados de las pinturas de Krieghoff, sus cofias y sombreros salpicados de rojo contra la nieve blanca y virginal, o los menos azucarados pero no menos románticos indios de Paul Kane en las praderas.

Es así como durante la mayor parte del siglo XIX, la pintura canadiense fue pintura del paisaje, a menudo vista de un modo romántico y aproximado, siempre por inmigrantes que nunca cesaban de viajar, buscando nuevas maravillas de la naturaleza, aunque esas maravillas fuesen parte del paisaje mismo o de la curiosa gente que se movía dentro de él.

(Continuará)